

desigual, llegamos á varias ruinas que se hallan en lo mas alto de unas rocas, y como otra hora despues comenzamos á entrar en las montañas de Judea, pasando por una rambla que da vuelta á una colina árida y aislada. Encima de esta colina se veian las ruinas de una aldea y de un cementerio abandonado: esta aldea se llama del *Latroun* ó del *Ladron*, porque es en efecto la patria de San Dimas ó el buen *Ladron*, que imploró de Jesucristo la misericordia en su última hora. Tres millas mas allá comenzamos á penetrar en los montes, siguiendo siempre el canal de la rambla; la luna habia menguado mucho, y apenas nos alumbraba en aquella hondonada, en la que oíamos muy cerca de nosotros el áspero gruñido de los jabalíes. Al contempiar aquellos sitios estériles y solitarios, comprendí muy bien por qué la hija de *Jephté* queria llorar sobre la montaña de Judea, y por qué los profetas iban á lamentarse á los parajes encumbrados. Cuando amaneció nos hallamos entre montañas de forma cónica, muy semejantes entre sí, y unidas unas á otras por su base. La roca que forma el núcleo de estas montañas, rompía por entre ellas, y sus fajas ó cornisas paralelas trazaban como el graderío de un anfiteatro romano, ó como aquellas paredes escalonadas en que se apoyan los viñedos en los valles de *Saboya*.¹ En los recodos de estas montañas se veian algunas encinas, bojés y adelfas, y en lo interior de las cañadas ó ramblas que allí se forman, y en las vertientes de las montañas, se descubren tambien algunos olivares. Oímos los gritos de diversas aves, y entre éstas algunos grajos. Llegados á lo mas alto de los montes, y volviendo la vista al camino que acabábamos de andar, descubrimos hácia el

¹ Como en otro tiempo se usaba tambien entre los judíos.

Mediodía y Occidente la llanura de *Saron* hasta *Jaffa*, y el horizonte del mar hasta *Gaza*, y en frente, esto es, al Norte y Levante, comenzaba el valle de *San Jeremías*, y siguiendo la misma direccion, y en lo alto de unas rocas, se descubre á lo lejos una fortaleza antigua llamada el *Castillo de los Macabeos*. Créese que el autor de las *Lamentaciones* nació en la aldea que ha conservado su nombre en medio de estos montes: lo cierto es que la tristeza de estos parajes parece que respira en los cánticos de este profeta del dolor.

Sin embargo, al acercarme á la aldea de *San Jeremías* me consolé con una vista no esperada. Descubrí algunos rebaños de cabras de la casta de orejas caídas y carneros de colas largas, y asnos cuya hermosura me hacia recordar el onagro de la *Escritura*. Amanecía entonces y salian de la aldea para ir á pastar. Las mujeres árabes estaban secando las uvas en las viñas: algunos tenian el rostro tapado con un velo, y llevaban un cántaro sobre la cabeza, como las hijas de *Madian*. El humo de la aldea subia formando una blanca niebla iluminada por los primeros rayos del sol; oíanse confusas voces y alegres cantinelas, lo cual contrastaba agradablemente con la aridez de aquellos parajes y el recuerdo de la pasada noche. Nuestro caudillo árabe habia recibido adelantado el derecho que aquella tribu exige á los viajeros, y así pasamos sin impedimento alguno. Pero de repente quedé atónito al oír con estraña sorpresa mia gritar claramente en francés: “¡En avant, marchel!” “¡De frente, marchen!” Volví la cabeza, y ví una cuadrilla de muchachos árabes enteramente desnudos, que hacian el ejercicio teniendo por fusiles unos palos de

¹ Pero esta tradicion no se sostiene en buena crítica.

palma. En aquella primera impresion me sorprendió no sé qué antiguo recuerdo de mi primera juventud, porque mi corazón se exalta cuando oigo hablar de un soldado francés; pero al ver aquellos pequeños beduinos imitar en el centro de las montañas de Judea nuestros ejercicios militares, y conservando una idea de nuestra bizarría; oírles pronunciar unas palabras que son, por decirlo así, las voces de ordenanza de nuestros batallones, y las únicas que saben nuestros granaderos, era cosa de interesar á cualquiera, aun al menos apasionado por la gloria de su patria. No me asusté tanto por ello, como cuando Robinson oyó hablar á su papagayo; pero no fué menos mi alegría que la de aquel famoso viajero. Dí algunos medines á aquel batallón de chicuelos y les dije á mi vez: “¡En avant, marche!” “¡De frente, marchen!” Y para no olvidar cosa alguna añadí: “¡Dieu le veut! ¡Dieu le veut! ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!” como decian los compañeros de Godofredo y de San Luis.

Desde el valle de Jeremías bajamos al del Terebinto, que es mas hondo y estrecho, y tiene algunas viñas y cañaverales. Llegamos al torrente donde David, siendo niño, tomó las cinco piedras con que mató al gigante Goliath; y lo pasamos por un puente de piedra, el único que se halla en aquellos desiertos: aun se veian algunos charcos de agua estancada. Allí cerca y á mano izquierda, en la parte baja de una aldea llamada *Kaloni*, descubrí las ruinas de un edificio antiguo entre otras mas modernas. El abate Mariti dice que es obra de ciertos religiosos: mas para un viajero italiano no deja de ser un error muy grave; pues si la arquitectura de este monumento no es hebráica, es ciertamente romana, haciendo esta hipótesis mas verosímil el tamaño, corte y aplomo de las piedras.

Luego que se pasa el torrente, se descubre la aldea de Kariet-Lesta, á orillas de otro torrente ó rambla enteramente seca. A lo lejos y en la cima de un encumbrado monte, se descubre el pueblo de Nablous, Nabolos ó Naplusa, que es el Sichem del reino de Israel y el Neapolis de los Herodes. Seguimos penetrando en aquellos desiertos, donde solo hallábamos de cuando en cuando algunas higueras silvestres. Hasta allí habíamos visto en los campos algun verde; pero éstos comenzaron á aparecer mas desnudos de toda planta, y mas encumbradas, ásperas y áridas las montañas, cuyo color era de un rojo inflamado. Una hora anduvimos trepando por aquellos tristes regiones, hasta llegar á un desfiladero que desde lejos descubriamos, andando otra hora por la llanura ó meseta que se forma encima, y era asimismo estéril y llena de guijarros. De pronto, y al extremo de esta llanura, descubrí una línea de murallas góticas, flanqueadas de torres cuadradas, detrás de las cuales se distinguian algunos edificios. Al pié de estas murallas se divisaba un campamento de caballería turca con toda la pompa oriental. El guia esclamo: “El-Cods!” ¡La Santa (Jerusalen)! y echó á correr á galope.¹

Entonces comprendí muy bien lo que los historiadores y viajeros nos cuentan de la sorpresa de los cruzados y de los peregrinos al ver por primera vez á Jerusalen.²

¹ Aunque Abou-Gosch era vasallo del gran señor, temia que el bajá de Damasco, cuyo campamento distinguíamos, le hiciese apalear ó pagar alguna suma.

² *¡O bonae Jesu! ut castra viderunt hujus terrena Jerusalem muros, quantos exitus aquarum oculi eorum deduxerunt! Et mox terrae procumbentia, sonitu oris et nutu inclinati corporis Sanctum Sepulcrum tuum salutaverunt; et te, qui in eo jacuisti, ut sedentem in dextera Patris, ut venturum Judicem omnium, adoraverunt.* (Rob., Mo. zachus, lib. IX.)

Puedo asegurar que el que haya tenido como yo la paciencia de leer unas doscientas descripciones modernas de la Tierra Santa, las compiaciones rústicas y los pasajes antiguos acerca de la Judea, aun conoce muy poco. Yo me quedé sorprendido mirando fijamente á Jerusalem, y contemplando la altura de sus murallas, y recordando toda la historia desde Abraham hasta Godofredo de Bullon; meditando la suerte del género humano enteramente cambiado por la venida del Hijo del Hombre, y buscando en vano aquel templo del cual *no queda piedra sobre piedra*. Aun

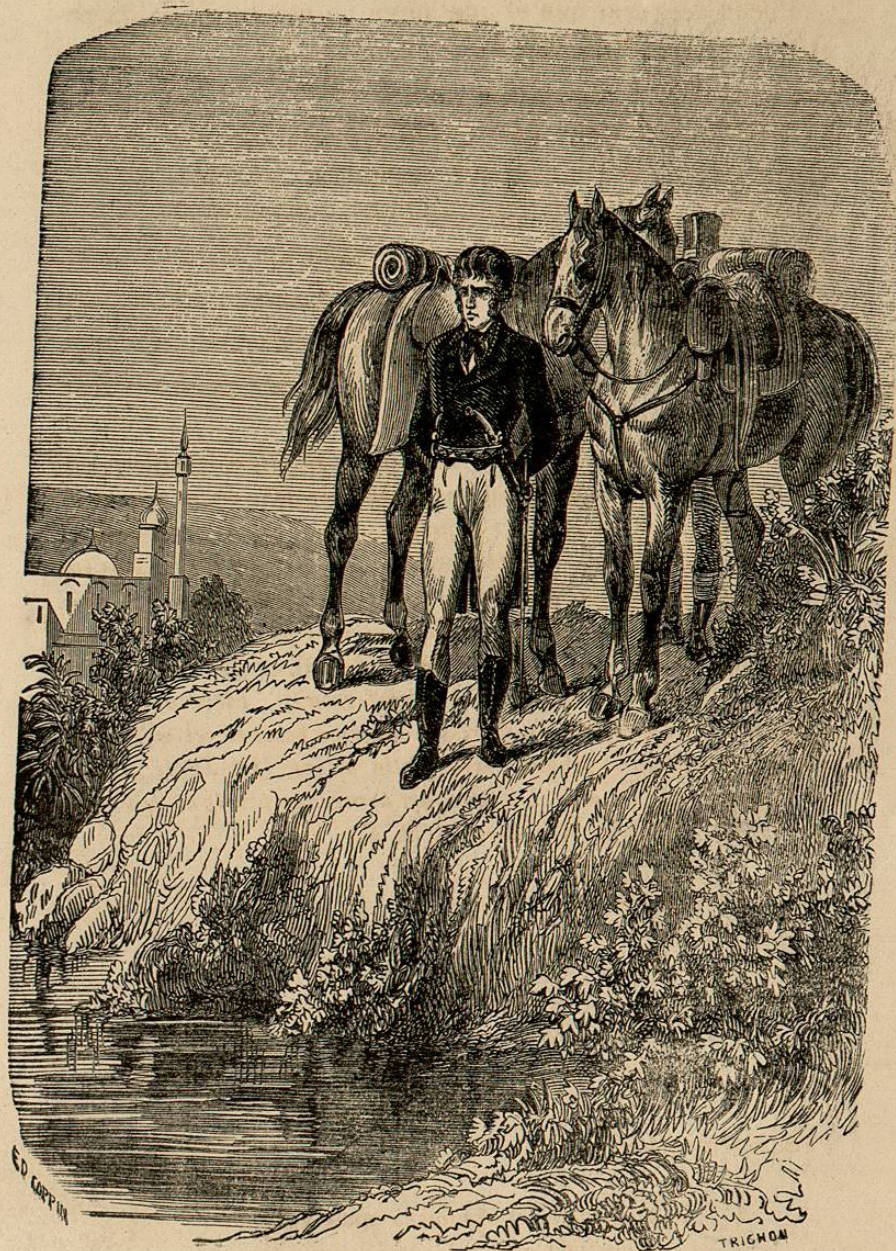
Ubi vero ad locum ventum est, unde ipsam turritam Jerusalem possent admirari, quis quam multas ediderint lacrymas digne recenseat? Quis affectus illos convenienter exprimat? Extorquebat gaudium suspiria et singultus generabat immensa letitia. Omnes visa Jerusalem, substiterunt, et adoraverunt, et flexo poplite terram sanctam deosculati sunt: omnes nudis pedibus ambularent, nisi metus hostilis eos armatos incedere debere praeciperet. Ibant, et flebant; et qui orandi gratia convenerant, pugnaturi prius arma deferebant. Fleverunt igitur super illam, super quam et Christus illorum fleberat: et mirum in modum, super quam flebant, feria tertia, octavo idus Junii, obsederunt; obsederunt, inquam non tanquam novercam privigni, sed quasi matrem filii. (Baldric., Hist. Jerosol., lib. V.)

El Tasso ha limitado este pasaje:

Ecco apparir Gierusalem si vede;
Ecco additar Gierusalem si scorge;
Ecco da mille voci unitamente
Gierusalemme salutar si sente, etc., etc.

Las estrofas que siguen son admirables:

Al gran piacer che quella prima vista
Dolcemente spiro nell'altrui petto,
Alta contrizion successe, etc.



cuando yo viviese mil años, no olvidaría jamás aquel desierto que parece respirar todavía la grandeza de Jehová y los espantos de la muerte.¹

Los gritos del dragoman que me decia nos agrupásemos porque íbamos á pasar por el campamento de los turnos, me despertaron de aquella especie de éxtasis en que habia caído al ver de pronto los Santos Lugares. Pasamos atravesando las tiendas de campaña, que eran todas de pieles de carneros negros, aunque habia algunos pabellones de tela listada, principalmente el del bajá. Los caballos estaban ensillados y atados á las estacas. Me admiré de ver cuatro piezas de artillería de campaña en buena disposicion, cuyas cureñas me parecieron inglesas. Nuestro traje y rara comitiva hicieron reir á la soldadesca. Al llegar junto á la puerta de la ciudad vimos al bajá que salia de ella, y al instante me quité el pañuelo que llevaba sobre el sombrero para resguardarme del sol, temiendo no me atrajese algun disgusto, como le sucedió en Tripolizza al pobre José.

Entramos en Jerusalem por la puerta de los peregrinos, junto á la cual se halla la torre de David, mas conocida aún con el nombre de *Torre de los Pisanos*. Pagamos el tributo, seguimos la calle que estaba en frente, y tomando luego á la izquierda por entre unas malas casas de yeso, llegamos á las doce y veintidos minutos al monasterio de los padres latinos, que habian invadido los soldados de Abdallah, exigiendo cuanto se les antojaba.

Es menester hallarse en la triste situacion de los padres de la Tierra Santa, para comprender el placer que les causó mi llegada, pues con esto se creyeron ya libres de todo

¹ En las antiguas Biblias francesas se llama á la muerte *el Rey de los espantos*.

insulto. Entregué al padre Buenaventura de Nola, que era el guardian del convento, la carta que el general Sebastiani me habia dado para él. "Caballero, me contestó el guardian, sin duda la Providencia os ha traído en tan crítica situación. Acaso tendreis firmanes del gran señor, y en este caso permitidme se los envíe al bajá, pues de este modo sabrá que un francés ha llegado al convento, y que gozamos de una proteccion particular, como si fuera la del mismo emperador. El año pasado nos obligaron á pagarle sesenta mil piastras, siendo así que, segun la costumbre, solo le debemos cuatro mil, y esto á título de regalo. Quiere que este año le demos la misma cantidad, y nos amenaza con los mas bárbaros castigos si no la aprontamos. En este caso nos veremos obligados á vender los vasos sagrados, porque hace cuatro años que no recibimos limosnas de Europa; y si esto continúa así, por fuerza habremos de dejar la Tierra Santa y entregar á los mahometanos el sepulcro de Jesucristo."

Tuve una satisfaccion muy particular en hacer este corto obsequio al padre guardian; pero le supliqué, sin embargo, me dejase ir al Jordan antes de enviar los firmanes, para no aumentar las dificultades de un viaje siempre arriesgado; pues Abdallah pudiera hacerme asesinar en el camino, echando luego la culpa á los árabes.

El padre Clemente Perez, procurador del convento, y sugeto no menos instruido que delicado y fino, me llevó á la hospedería de los peregrinos. Dejé allí todo mi equipaje, y me dispuse al instante para salir de Jerusalem, aunque mas necesitaba de descanso, que de habérmelas con los árabes del mar Muerto. Mucho tiempo hacia que vagaba por mar y tierra para llegar á los Santos Lugares, y apenas habia tocado al término de mi viaje, cuando me ale-

jaba de nuevo. Pero creí que debia hacer aquel sacrificio por unos pobres religiosos que de continuo sacrifican á impulsos de su caridad sus bienes y aun su vida. Bien hubiera podido conciliar los intereses de aquellos religiosos con mi propia seguridad, desistiendo por mi parte del viaje al Jordan, y poniendo límites á mi curiosidad.

Mientras se disponia mi partida, los religiosos fueron á cantar al coro, y con este motivo supe que se celebraba la fiesta del santo fundador de la orden, y me acordé de que en efecto era el 4 de Octubre dia de San Francisco, que es el de mi nacimiento y nombre. Fuí tambien al coro, donde hice oracion por el alma de la que en semejante dia me dió á luz: *Paries liberos in dolore*. Tengo por una felicidad muy particular el que mi primera oracion en Jerusalem no haya sido por mí. Consideré con mucho respeto á aquellos religiosos que cantaban las alabanzas del Señor á trescientos pasos del Santo Sepulcro; y no dejó de enternecerme aquella milicia débil, pero invencible, que ha quedado sola para la guardia del Santo Sepulcro, que los reyes no pudieron defender:

¡Voilà donc quels vengeurs s'arment pour ta querelle!

El padre guardian envió á buscar un turco llamado Alí-Agá, para que me acompañase á Betlem. Este Alí-Agá era hijo de un agá de Rama, á quien el tirano Djezzar hizo cortar la cabeza. Era natural de Jericó, hoy Rhhia, y se titulaba gobernador de aquella aldea. Era un hombre resuelto y animoso, cuya adquisicion me fué muy útil. Lo primero que hizo fué disponer que mis criados y yo nos quitásemos el traje árabe para volver á presentarnos como franceses, pues aunque antes era despreciado por los orien-